

ACERCA DE LA POBREZA. UNA REFLEXION ANTROPOLOGICA PARA ENTENDER LAS DESIGUALDADES HUMANAS.

*Francisco CHECA,
Asociación Granadina de Antropología.*

No faltará quien, teniendo en cuenta el "mundo de la abundancia" occidental en el que vivimos, piense, quizá, que hablar de la pobreza y la marginación no es más que un problema un tanto envuelto en la demagogia, incluso algo magnificado. Cuando se acerca el año 2000 y nos desenvolvemos en la era del confort, de las comunicaciones, de la robótica, de lo sintético, de lo light, dedicar unas Jornadas a estudiar la pobreza y la marginación, pareciera algo marginal e históricamente superado.

Desgraciadamente no es así. De los 5300 millones de humanos que poblamos la tierra, solo 1200 millones vivimos en el hemisferio norte o desarrollado, el resto lo hacen en países del Tercer Mundo, subdesarrollado.

¿Pero es que no hay también bolsas de pobreza en los países desarrollados? Naturalmente; el tema de la pobreza puede aplicarse a bastantes regiones, comarcas y pueblos de occidente. A Andalucía en general, véase: en el año 1986, según el estudio de Indicadores Sociales del Instituto Nacional de Estadística, Andalucía sólo supera a Extremadura en la "Dotación global de recursos" y a Extremadura y Canarias en la "Acumulación de recursos"; a Extremadura en el "Nivel medio de vida" y "Nivel medio de desarrollo"; es la primera en "Índice de carencia" y la tercera, después de Canarias y Baleares, en el "Potencial infrautilizado de desarrollo". Todo esto significa que al aparecer sistemáticamente en las posiciones más desventajosas, ser una

región globalmente mal dotada de recursos, su población no tiene acceso a posibilidades de mejora de su nivel de vida, en la misma medida que los residentes en otras Comunidades.

Y a bastantes comarcas almerienses, jiennenses y granadinas en particular: nos bastará con atender a los niveles de renta per cápita de estas tres provincias del sureste para observar que están entre las últimas del estado español. La subida de Almería en los últimos decenios se debe exclusivamente a los ingresos de la zona del litoral, centrada en los invernaderos del Campo de Dalías y algo al turismo de la costa este, Carboneras-Mojácar-Garrucha. El resto de la población almeriense continúa sumida en la indigencia (el Andarax, el Almanzora). Igual pasa con Granada, pues exceptuando al litoral Almuñécar-Motril y algunos núcleos de población aislados que reciben ingresos por el sector servicios, al convertirse en centros comerciales de su comarca (Baza, Guadix), o disponer de una industria fuerte (Alquife y la mina, Huétor Tájar y el espárrago), el resto de comarcas continúan bastante deprimidas (Marquesado del Zenete, Alpujarras, los Montes). En Jaén la situación no es más próspera: la mayor fuente de ingresos se encuentra en el sector primario, gracias al olivar; sin embargo, la estructura de tenencia de la tierra, muy fraccionada en la mayoría de las poblaciones, conlleva un mayor reparto de la riqueza, pero que en muchos casos no permite a las familias subsistir solo con los ingresos de la cosecha de aceituna; desde 1977 Jaén cuenta con la renta per cápita más baja de Andalucía, seguida de Granada.

Con otros términos, soy de los que piensan que en las puertas del siglo XXI la cuestión no hay que afrontarla si aún existen desigualdades sociales y pobreza, en el sentido integral del término, sino (y esto es lo más preocupante) que entre ricos y pobres las diferencias son cada vez más dilatadas e insalvables: los pobres son cada vez más pobres. Parece cierto que el nivel de vida de los necesitados actuales (salvo excepciones) es mucho mayor que el de hace tan solo cuatro o cinco décadas, y que sus necesidades más imperiosas están cubiertas; sin embargo, más injustificable me parece hoy que una familia no tenga una casa donde vivir o que esté en la necesidad de dejar fiado en la tienda, que el hambre física que pasaron nuestros antepasados hace 50 años; pues las condiciones socioeconómicas han cambiado tanto que el progreso y el desarrollo científico podrían perfectamente erradicar la pobreza, tanto del mundo occidental como del Tercer Mundo. ¿Por qué no se hace? Esta es mi tesis: porque los pobres son y han sido siempre necesarios (económica, social, política, moral y religiosamente), para la supervivencia del mundo en el que vivimos, un mundo que camina, como siempre, por el sendero que interesa a las clases dominantes. Así de sencillo.

Celebro y apoyo, por tanto, esta iniciativa de los organizadores de las IX Jornadas de Estudios de Sierra Mágina (mi presencia en ellas así lo justifica); sólo deseo que sirvan en algún sentido para contribuir a la erradicación de las desigualdades humanas en esta comarca andaluza tan infradesarrollada.

Mi participación con la presente ponencia no va encaminada a la investigación concreta sobre la pobreza en Sierra Mágina, en su conjunto, o algún municipio en particular, ya que esto requeriría un buen estudio de campo del que carezco. Sin embargo, he creído positivo llevar a cabo una reflexión teórica sobre el concepto mismo de pobreza, pensando que puede ayudar al esclarecimiento de algunos velados porqués en el tema de las desigualdades humanas. ¡Ojalá que desde estas páginas se logre atisvar alguna luz que encamine a soluciones prácticas para estirpar el mayor cáncer social que padecemos!.

1- Hacia una definición de pobreza.

Los términos 'pobre' o 'pobreza' no han sido nunca uniformes, sino que, según los períodos históricos, teniendo en cuenta las variables económicas, sociales, políticas e incluso morales y religiosas, han ido variando y tomando diferentes connotaciones. De aquí la amplitud y diversidad del concepto, que, en definitiva, refleja un estado de diversos tipos de carencias de, al menos, alguna clase de bienes importantes para la vida social e individual. La pobreza es un estado de debilidad, de dependencia, de subordinación o humillación, respecto a la privación de medios para conseguir la subsistencia, pero una existencia humanamente digna; medios de todo tipo: económicos, sociales, de poder o saber, de salud, de honra, etc. aunque no han de faltar todos en la misma persona.

M. Mollat ha definido la pobreza del siguiente modo: "una situación forzosa o voluntaria, permanente o temporal, de debilidad, de dependencia y de humildad, caracterizada por la privación de medios, cambiantes según las épocas y las sociedades, relativos al poder y a la consideración sociales: dinero, fuerza, influencia, ciencia o calificación técnica, honorabilidad de nacimiento, vigor físico, capacidad intelectual, libertad y dignidad personales" (MOLLAT, 1978:10).

Por tanto, la pobreza no se puede considerar como un modelo único y absoluto, será siempre un criterio relativo, aunque nunca podremos desligarlo de la noción de diferencia, de insuficiencia, de carencia. Carecía de un bien que cualquiera desea poseer -pues en verdad lo necesita- pero del cual el pobre escasea o no tiene (los bienes, como digo, van cambiando según la mentalidad social vigente en cada período histórico).

Así, el concepto de pobreza ha ido cambiando con el tiempo y los diferentes modos de vida: en una sociedad guerrera eran pobres principalmente quienes no disponían de armas: los desarmados; hasta el siglo XIII, los pobres eran quienes carecían de la condición de señores, es decir, el pueblo llano, los campesinos; a partir de entonces, con el nacimiento y crecimiento de los burgos o ciudades y la instalación en ellos de los comerciantes y mercaderes, aparece el pobre de ciudad o mendigo, andrajoso, enfermo, colocado a la puerta de los monasterios de las

órdenes mendicantes, para recibir la limosna diaria. Tal fue la extensión de la mendicidad, que el mismo Felipe II la autorizaba en 1565: "se sirva de que los pobres de Dios mendigantes verdaderos destes reynos, se amparen y socorran". En este contexto de pobreza y mendicidad hay que situar la aparición del pícaro, persona que no se resigna a su estado e inventa cualquier subterfugio para conseguir comer. Nuestra novela picaresca da buena cuenta de ello (La Lozana Andaluza, Lazarillo, Guzmán, Honofre, Buscón); José Antonio Maravall (1986) ha realizado un excelente estudio en este sentido. Durante los siglos XVI al XIX, son pobres, en las ciudades, sobre todo quienes no tienen un oficio especializado, en el mundo rural, las familias que carecen de tierras, los jornaleros o braceros.

En la actualidad consideramos pobres a las personas que, excepto sus clases dominantes, habitan en el Tercer Mundo, subdesarrollado y oprimido; en él se aprecia la expresión más exacta de la pobreza actual: hambre endémico, miseria, un hábitat insalubre, padecen enfermedades crónicas, etc. En nuestro mundo desarrollado, la gama de pobres es más amplia, abarcando desde la población marginal, gitanos, hippies, inmigrados ilegales, (por lo común habitan los barrios marginales de la periferia y chabolas, o practican el nomadismo), hasta los parados de las ciudades, y en el campo, campesinos pequeños propietarios, jornaleros-braceros, también parados.

Aún dentro de la pobreza, siempre ha habido una distinción más, los pobres de solemnidad. El pobre, por lo común, tiene fuerzas para trabajar y ganarse el sustento diario, aunque las circunstancias socioeconómicas del momento no se los posibilitan. Sin embargo, el pobre de solemnidad suele ser un enfermo crónico, imposibilitado, sin ninguna otra ayuda que la caridad de los demás o el oficio de la mendicidad, que a veces ni el mismo puede desempeñar. Ya he apuntado que la pobreza no es un término unívoco, inseparable de la cultura donde se inscribe, ni de la estructura social y el desarrollo que cada país o región haya alcanzado, por ello es muy difícil señalar el umbral de la pobreza, el nivel mínimo de necesidad cubierto por una persona, familia o grupo social humano. Aun así creo hay una cualidad que determina más que ninguna otra a la pobreza: el hambre. Tradicionalmente todos los pobres pasaron hambre. En el Tercer Mundo los pobres siguen pasando hambre y carencias físicas, causa por la que su tasa de mortalidad es altísima, sobre todo en niños de corta edad y sus expectativas de vida y longevidad muy cortas. En la actualidad, la gran mayoría de los pobres que genera el mundo desarrollado no pasan hambre física, o al menos no mueren de hambre; pero sí padecen un hambre social, faltos de prestigio ("solo se cría buena sangre con pan y carne"), tienen necesidades económicas, hambre de justicia y de libertad.

La alimentación es en el pobre, pues, un menosprecio de clase. Durante los últimos siglos o en nuestra posguerra, el pobre se alimentaba de tubérculos, yerbas, raíces, hortalizas, hinojos, vinagreras, higos, selvas, nabos... la mayoría robados (más fácil de conseguir que una

gallina de un corral); los ricos, por su parte, comían carne y pan de trigo. No en vano, la subida del ácido úrico en la sangre, conocido popularmente como "la gota", viene ocasionada por la abundancia de carne en la dieta; no puede extrañar que también se le denomine "enfermedad de los ricos o reyes". En multitud de ocasiones he oído a personas que vivieron la posguerra que jamás comerán un cocido que contenga hinojos o el pan integral (por su color), por los recuerdos de miseria que representan en su vida.

Es precisamente en el pan el alimento donde el pobre fija su hambre. Pero pan de trigo, ¡blanco!. El pan de regüerto (trigo-centeno-cebada-maíz), de color oscuro, fue un signo de su identidad en la miseria. Durante la festividad de San Marcos, muy festejada en el mundo rural por ser patrón de los animales de tiro, es costumbre el reparto de dos roscas de pan a la población. Se habrá imaginado que el trigo para la fabricación de los roscos era donado por los labradores saneados al sacerdote o sanmarquero que organiza la fiesta; no es de extrañar la gran devoción que los pobres tenían al Santo: "el único que da pan".

Ahora bien, el hambre y la miseria consustancial a la pobreza no engendra solo a un pobre económicamente, sino que, por sus carencias, conlleva asimismo un problema social y político tan amplio y complejo que abarca a todo el sistema social.

2- La pobreza, un problema político y social.

La miseria, salvo actitudes voluntarias de rechazo a lo material (que son más bien vidas de ascetas o de austeridad), no tiene aspectos que compensen sus males. Por tanto, nadie quiere ser pobre, de manera obligada, prolongada o endémica, miserable, necesitada; porque la pobreza siempre ha degradado la condición humana, la ha rebajado y degenerado hasta lo más ínfimo. Ser pobre es un descrédito social y humano, ¿quién se resignaría a vivir toda su vida envuelto en miseria si pudiera salir de su situación? La pobreza representa y se caracteriza por la nada: social, económica y políticamente; tal vez, lo único que le quede sea el consuelo de Dios (de un Dios que tal vez no les escuche), de una vida más digna en el más allá.

Las necesidades básicas incubiertas permanentemente sólo arrastran enfermedades, y con éstas viene el dolor, la desesperación (aunque disimulada con el manto morado de la resignación cristiana) y la muerte prematura.

Ahora bien, ¿hay alguna respuesta contundente para estas situaciones? El problema de la pobreza se ha convertido en una cuestión política y social: el pobre es un marginado.

Socialmente, a medida que crece el número de familias cuyas necesidades más imperiosas están cubiertas, también crece su insensibilidad social, y con ella el desprecio hacia los menesterosos. La pobreza, según las épocas, van centrándose en ciertos tipos de personas: solitarios, enfermos, vagabundos, braceros, campesinos, jornaleros de las fábricas, parados, etc.

En los siglos pasados, la insensibilidad acarreó un descenso muy notable de las ayudas y limosnas personalizadas, y, por tanto, el aumento de necesitados. Tras ello, un descrédito generalizado de los mejor situados hacia la pobreza, al mismo tiempo que al pobre se le identifica con un malechor, holgazán, vagabundo, delincuente, mendigo. Tras la prohibición de la mendicidad en el siglo XVII, las cárceles se llenaron al instante de pobres que vivían de la caridad. Los más ricos anularon sus limosnas a particulares y las dirigieron (para situarse mejor ante los ojos de Dios), hacia los hospicios, hospitales, órdenes religiosas mendicantes, cofradías y curatos, para que ellos las repartieran cristianamente hacia los verdaderamente necesitados (distinción entre el 'pobre fingido' y el 'pobre verdadero'); la historia pone de manifiesto que la pobreza no descendió, aunque sí crecieron las propiedades eclesiásticas y el número de pordioseros que vivían al cobijo de las puertas de los monasterios.

Con el inicio del precapitalismo y el capitalismo, la pobreza se extiende más aún y la población saneada se vuelve más insensible con los pobres, ya que quedan sin justificación social y económica: el afán de lucro, de adquirir bienes económicos, de ascender en la posición social, de obtener dinero y prestigio, poder, es posible para todos: sólo hace falta trabajar, trabajar sin descanso si es preciso. Pero el trabajo de 12 o más horas diarias, mal remunerado y físicamente agotador, tampoco repartió riqueza. El éxodo campo-ciudad que produjo la Revolución Industrial modificó el paisaje físico y social de las ciudades; las familias trabajadoras emigradas a la ciudad se vieron obligadas a vivir en ambientes insalubres, desarraigadas del mundo rural en el que habían vivido; pero, sobre todo al principio, esta Revolución sólo produjo más pobreza y miseria, explotación humana (incluidos mujeres y niños), enfermedades, accidentes laborales y muertes prematuras.

En lugar de aceptar que la pobreza es una problemática que nos incumbe a todos de alguna manera, teniendo la obligación de combatirla (y no precisamente con limosnas), atacamos a los pobres, tildándoles de vagos, holgazanes, drogadictos, "camellos", etc., desentendiéndonos de ellos.

Pero aún más graves son las actitudes políticas de olvido y falta de cobertura al problema. Y por encima de todos los desamparos a que se ven sometidos los pobres, el judicial es el más flagrante. Hasta la desaparición del Antiguo Régimen, la sociedad era estamental (la población se hallaba dividida en grupos sociales o estamentos desconectados entre sí). El estamento privilegiado contaba con un estatuto jurídico propio que garantizaba sus privilegios, frente al pueblo llano, pobre. Por tanto, estaba reconocida la desigualdad ante la ley, más aún sabiendo que los estamentos tienen un carácter cerrado y excluyente, apoyados sobre todo en un peculiar concepto de honor o rango en la escala social; rango del que gozaban los ricos y carecían los pobres. Esta situación trata de perpetuarse: en el orden social, monopolizando determinadas profesiones y cargos; en el orden económico, con su vinculación a la propiedad

de la tierra; en el orden jurídico, con el fuero propio.

Modernamente, tras el sufragio universal y la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, es posible sentar a un rico en el banquillo de los acusados; sin embargo, el pobre "que no sé ni presentarme en 'dingún' sitio", conoce perfectamente que la clase social alta domina a la perfección miles de susterfugios y, si es preciso, compra con dinero a jueces y magistrados para decantar a su favor las sentencias. Es decir, el trato legal a unos y a otros sigue siendo desigual, conscientemente injusto, aunque la letra impresa constitucional diga lo contrario.

¿Qué hacen las instituciones públicas por remediar las desigualdades humanas? Sustancialmente nada, parchear. Solo la creación y extensión de la Seguridad Social para "todos" los ciudadanos (mientras tanto, los ricos construyen lujosas clínicas privadas); jubilación pagada; la obligatoriedad de la enseñanza primaria, practicando la "igualdad de oportunidades" (los ricos y órdenes religiosas crean centros de enseñanza privada, con un índice menor de fracaso escolar) y los subsidios de desempleo (ayudas para seguir manteniendo la pobreza, sin llegar al hambre). Pero los estados continúan sin atajar la base originaria de las desigualdades humanas, generadora de la pobreza existente: la sociedad capitalista y consumista, auspiciada por la propiedad privada.

Ahora bien, ¿han permanecido siempre los pobres sumisos a su situación? Ya he dicho que nadie desea ser pobre, marginado social, un proscrito. Sin embargo, las respuestas, violentas o pícaras, individuales o colectivas de los pobres ante su situación hay que entenderlas como una protesta desesperada a su estado de desamparo, más que como la búsqueda de una solución global al problema de la pobreza.

Pienso que estas actitudes pueden englobarse en dos grupos: acciones individuales y acciones colectivas. Citaré exclusivamente las que se emplean en nuestros días.

Individualmente la solución más clásica es el desarrollo personal de la astucia, ser un 'buscavidas', un pícaro. Yo no quiero entrar en una distinción muy sutil, referida al 'pobre verdadero' y al 'pobre fingido' (pícaro estafador, perseguido por la ley y condenado por la religión -engañar a otro es un pecado). En lugar de hablar de la "falsa pobreza", diré que nadie, pienso, habrá escogido la carrera de pobre sin partir de la pobreza.

En nuestras ciudades estamos ya acostumbrados a ver niños de corta edad pidiendo con sus madres (algunos hasta robados o comprados al efecto, en redes de tráfico que se dedican a ello); niños de cinco o seis años, vendiendo claveles, pañuelos, limpiando las lunas de los coches; ejercen la delincuencia fácil, el tiron del bolso, el robo del cassette del coche. Hay rateros y estafadores, con un desarrollo de la picaresca social sin límites: cualquier clase de timos (el de la estampita, hacerse pasar por basureros y piden, de casa en casa, el aguinaldo, el timo del préstamo bancario, etc.); ahora son guardacoches y "aparcacoches". Se convierten en "camellos". Son utilizados en la economía sumergida (en Jódar, la confección textil o el esparto

son trabajados por muchachas o personas mayores, respectivamente, recibiendo precios humillantes (CHECA, 1988); dan jornales a menor precio; acuden a las romerías a pedir (como la del Cristo del Paño, en Moclín).

También de manera colectiva se han tomado actitudes, como las revueltas campesinas de los jornaleros, ya en el siglo XIX, con ocupaciones de fincas y latifundios (Marinaleda es la expresión más moderna, pero también en Jódar han ocupado en alguna ocasión la finca del Chantre). No piden tierra, piden pan (RAMOS, 1985:13-42).

3- La pobreza desde la perspectiva moral y cristiana.

No me cabe la menor duda de que la pobreza, aunque se presenta de múltiples formas a lo largo de la historia, sólo puede entenderse por su oposición a la riqueza, por la permanente presencia de los hacendados y poderosos: existen pobres porque hay ricos.

Una vez conceptualizados los pobres como seres que pasan hambre, caracterizados por la nada, rebajados hasta lo ínfimo en la condición humana, socioeconómica y políticamente, trataré de aclarar el fundamento moral y cristiano de la pobreza. O lo que es igual, ¿cómo ha sido tratada la pobreza por moralistas y teólogos a lo largo de la historia? ¿Cómo se ha introducido en las mentalidades de la gente?

El estado de pobreza fue una de las bases del cristianismo primitivo: una exaltación de los pobres frente a los ricos. Los Evangelios recogen asertos como estos: "Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de los Cielos", "Vende todo lo que tienes y da el dinero a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo", "Más difícil es que un rico entre en el Reino de los Cielos que un camello por el ojo de una aguja". Después vinieron órdenes religiosas que instauraron la pobreza como una de sus Reglas capitales; el ejemplo de Francisco de Asís y la orden de los franciscanos es patente.

Esta exaltación social de los pobres frente a los ricos, la considera Caro Baroja como la principal razón para la inmediata expansión y pronta aceptación del cristianismo entre el pueblo o gente sencilla, más incluso que otras razones teológicas (CARO, 1985:461 ss). A partir de la pobreza se consideraba posible la abolición de las diferencias económicas establecidas. El mismo Jesucristo se presenta como un pobre por excelencia, hijo de un carpintero humilde: ser pobre es el signo de Cristo, hecho hombre.

Una doctrina así, sin duda, podía haber llevado a una conmoción social: "la iglesia de Cristo, pobre, revoluciona el mundo, apoyada en el valor moral de la pobreza, que contiene la repulsión de los ricos". Sin embargo no fue así, ni mucho menos: operó en sentido inmovilista, y consumó el gran fracaso del cristianismo: "Al objeto de desplazar la atención de las diferencias en la posesión férreamente mantenida de bienes materiales, se predicó su renuncia

a quienes carecían de ellos, tratando de convencerles acerca de su vana posesión, incluso de su auténtica fuerza para llevar al vicio y al mal. Fue así, hasta el punto de que no ya sólo la posesión de las riquezas y el apego a las mismas llevaba dentro de sí tan perversa inclinación, sino que tan nefanda naturaleza se comunicaba a los objetos mismos que se estimaban riqueza" (MARAVALL, 1986:23).

Con otros términos, en lugar de combatir la pobreza enérgicamente, por el contrario, la carencia de bienes (materiales y sociales) fue considerada como una ley natural; desde ese momento, el pobre se convierte en una pieza necesaria en el orden natural conforme al que tenían que mantenerse constituidas las sociedades humanas. Ahora bien, si es una manifestación de la ley natural, y toda ley natural es también ley divina o eterna (en la definición de Tomás de Aquino), la pobreza es asimismo un elemento de la ley divina. Y lo que es más significativo, como la ley eterna es inalterable, quien quiera mover el sistema establecido, desacata la ley de Dios.

De esta manera, la pobreza se revela como un resistente pilar en el que se apoya la estructura económica y social de la sociedad tradicional, por ello, fe religiosa y resignación en la pobreza van juntas, el estado de necesidad, como algo natural-divino, se hace consustancial a la mentalidad de las personas. Hoy seguimos oyendo: "siempre ha habido ricos y pobres", asumido sin problemas.

Sin embargo, esto no es obstáculo para que la religión cristiana promulgue que la riqueza es un bien neutro: "ni se condena un rico por serlo, ni se salva el pobre por serlo, más bien por el uso que uno y otro hagan de su posición"; la providencia divina dispuso que hubiera pobres y ricos: distribuyó la riqueza de diferentes modos (y creó los poderosos y menesterosos). De esta manera, si la diferencia entre ricos y pobres es preestablecida por ordenación divina, no es sino para posibilitar el ejercicio de algunas de las virtudes primordiales cristianas: de un lado, la caridad del rico, participando de sus bienes con los pobres; la obligación de atender a los pobres, (convertida antiguamente en una finalidad esencial cristiana de ricos y monasterios); de otro, es el pobre quien ha de aceptar con alegría su estado de menesterosidad; renunciar a las riquezas, pues llevan al vicio y al mal; comprender que su reino es el de los Cielos, del "más allá"; resignación para hacer méritos que le lleva en a la vida eterna, al lado de Cristo, el pobre por excelencia.

A tal efecto, para practicar la caridad, los ricos organizan fiestas para "repartir" su riqueza con los pobres, como la mencionada de San Marcos en Lanteira (Granada): reparto de dos roscas a todos los habitantes del pueblo; San Antonio Abad en Trigueros (Huelva): durante la procesión oficial se producen "las tiradas" (generalmente pan y otros alimentos, como animales o jamones), de las clases pudientes sobre los participantes en la procesión (el pueblo); en Albánchez de Ubeda (Jaén), el día de la procesión de San Francisco de Paula, patrón, los vecinos

tiran abundante trigo sobre la imagen; antiguamente este trigo era después repartido a los pobres. Hasta los años cincuenta, en la Nochebuena, los ricos donaban un 'espinazo' a las familias pobres para que pudieran cocinar un puchero y, al menos "una noche tan señalada", se comiera caliente en todos los hogares. Con otros términos, al pobre se le da alguna compensación para que no amenace el orden imperante.

Obsérvese cómo el pobre (pasivo) se sitúa entre el rico y Dios: La limosna y la caridad son caminos para llegar a Dios: carece de importancia la calidad de aquel a quien se le da: el mérito es darla "por amor a Dios". Por tanto, la propia iglesia pone de relieve los beneficios ético-religiosos que la misma riqueza puede traer, no siendo seres avaros, sino caritativos y solidarios con los débiles. Desde esta perspectiva, incluso el rico está mejor situado "ante los ojos de Dios" que el mismo pobre, pues uno es desprendido, caritativo, da limosnas, mientras que el otro es "egoísta", sólo las recibe. De suyo, la pobreza no canoniza a nadie, si no es llevada con paciencia; por ello entienden los moralistas que la verdadera pobreza, más que la carencia de bienes materiales, es la falta de los bienes de la gracia, pues ésta es la más tentada y sujeta a caídas.

De esta manera se observa que el combate mayor que la religión cristiana ha llevado a cabo contra la riqueza ha sido resaltar la pobreza de espíritu, se salvará quien sea pobre de espíritu (obediente, resignado, caritativo, solidario, con esperanza en la salvación eterna); quien carezca de estas virtudes, sea materialmente pobre o rico, se condenará. Por tanto, el acopio de bienes materiales (que paralelamente conlleva la miseria de otros), sigue sin ser censurado enérgicamente por la Iglesia, sólo el uso y la actitud tomada ante ellos.

Concluyendo: la iglesia ha resaltado a lo largo del tiempo que con las riquezas se puede, más que procurarse las cosas gratas y materiales de este mundo, conseguir de Dios los méritos inherentes a la pobreza, que los pobres ya gozan en la tierra, (lo que implica dar libremente sus bienes a los pobres y en mayor proporción a la iglesia, para su seguro y equitativo reparto entre los verdaderamente necesitados); mientras tanto, la pobreza siempre ha sido considerada como un mal; a pesar de las opiniones de estoicos, evangelistas o ascetas, la pobreza produce (más que la ida al Reino de los Cielos), la condenación y la vergüenza públicas. "El orgullo hacía que muchos pobres vivieran en tensión continua, para ocultar una situación que consideraban vergonzosa, dada la "categoría social" a la que pertenecían o creían pertenecer" (CARO, 1985:472). Porque la pobreza llega inexorablemente amenazando más que al rango o al honor particular, a la honra familiar y sexual. Por ello ya decía en 1784 Fray Antonio Arbiol, "que casi todas las mugeres que quieren engañar al mundo, fingiéndose santas, son de baxa esfera y de gente plebeya" (citado por CARO, 1985:474). Pues si tanto hombres como mujeres buscan la estimación social, las mujeres ricas y nobles ya tienen en el mundo las cosas convenientes para obtenerla; por su parte, las pobres, viendo que con su aparente virtud y santidad todos las alaban

y aún protegen, se hacen embusteras y fingidoras.

Con otros términos, la concepción cristiana de la pobreza, oponiéndole el valor ético-religioso de la riqueza, no contribuyó sino al inmovilismo del sistema social de desigualdades humanas establecido y lo que pudo haberse convertido en una conmoción y revolución sociales (pues en los orígenes el cristianismo se asentó sobre el "valor moral de la pobreza"), a la postre no fue sino el apuntalamiento moral y religioso del orden socioeconómico imperante, basado en dichas desigualdades humanas, para no desacatar la ley de Dios.

No obstante, advertir que respecto a la pobreza la Iglesia, oficial o secular, no siempre ha mostrado posturas uniformes y compactas, sin fisuras. Recuérdese aquella disputa ideológica que mantuvieron en Salamanca, allá por 1545, Fray Domingo de Soto, dominico y Fray Juan de Robles, benedictino; el primero apostaba por la licitud y libertad de la mendicidad, apoyado en la finalidad escatológica de la pobreza; el segundo creía que había que esforzarse en eliminar todo tipo de pobreza. El mismo Tomás de Aquino piensa que la pobreza es una desgracia y que no es necesaria para la perfección (Summa, II, IIe, q. 188, art. 7). En la actualidad, el Papa Juan Pablo II visita los países del Tercer Mundo, les habla de Dios y condena el aborto, al mismo tiempo que censura y alerta de los errores de la Teología de la Liberación y manda callar a sus ideólogos, como Leonardo Boff, Gustavo Gutiérrez, Jon Sobrino, Segundo Galiilea, Antonio Moses, Clodovis Boff, etc., a pesar de que han dado muestras más que suficientes de estar comprometidos con los sectores más desheredados de América Latina. En un mismo viaje, el Papa recriminó a Ernesto Cardenal (impidiendo que le besara el anillo cuando fue a recibirle), por su participación en la política nicaragüense sandinista, de cuyo Gobierno era Ministro, y dijo una misa privada al dictador A. Pinochet en su capilla particular.

Cuando en 1982 se conoció el Documento de Santa Fe, hasta entonces secreto, base de la política de R. Reagan, la proposición 3 afirma: "la política exterior de EE. UU. debe comenzar a enfrentarse (y no simplemente a reaccionar con posterioridad), con la Teología de la Liberación. El papel de la Iglesia en América Latina es vital para el concepto de libertad política". Por ello dijo L. Boff: "mi Dios no es el de Reagan".

Esta polémica deja el camino abierto al último aspecto que quiero tratar.

4- Reflexión final: la pobreza en el mundo actual. Las relaciones Norte-Sur, Sur-Este.

A lo largo de estas páginas me he referido en más de una ocasión al Tercer Mundo, como el estado de pobreza más flagrante que en el mundo moderno envuelve al hombre. Me detendré un instante en su análisis.

La década de los 80 y sobre todo 1989-91 pasará a la historia como el momento de

cambio de la posguerra y la guerra fría a la aparición de un mundo nuevo (y viejo al mismo tiempo): la caída del muro de Berlín, la desintegración de los regímenes comunistas, con la URSS a la cabeza, el despertar de los nacionalismos. Pero, especialmente, en este nuevo mundo veremos surgir problemas que hasta ahora estaban silenciados y soterrados por el equilibrio del terror entre las dos superpotencias (equilibrio que se tambaleó al comprobar la debilidad del armamento ruso, empleado por Irak en la Guerra del Golfo). El mayor problema que la comunidad internacional tendrá que combatir será cuando reclamen justicia y solidaridad las zonas más deprimidas del mundo, principalmente el Este (Asia, Europa del Este y Rusia) y el Sur (África y América Latina).

Nada descubro al afirmar que el Tercer Mundo es cada vez más pobre. Es curiosa la contradicción que aparece en América Latina: la década de los 80 supuso el renacimiento de las democracias (excepto Cuba, Haití y Panamá, el resto de países tienen gobiernos democráticos), pero al mismo tiempo ha habido un retroceso del desarrollo económico; solo en 1989 el crecimiento medio de los precios subió un 1000%. Además, los países del Tercer Mundo arrastran una lastra muy difícil de superar: de un lado, la gran deuda externa, que en 1990 ascendía a casi 430,000 millones de dólares. Esto ha imposibilitado las inversiones y el desarrollo, la reducción de los recursos públicos, produciendo un empeoramiento de los niveles educativos, de la salud pública, de las condiciones de vivienda, del paro y el subempleo: aumento de la pobreza y miseria.

El crecimiento de estos países pasa sin duda, por una solución colectiva muy firme llevada hasta el final, y, por parte de los EE. UU, la reducción del monto de la deuda al menos hasta el 50%; (por el contrario, el Plan Bush propone solo una reducción de 12,000 millones de dólares) (CHONCHOL, 1990:61). De otro lado, la enorme presión demográfica que sufren (la cuestión es alimentar a todos los habitantes); algunos países asiáticos ya han puesto en marcha planes de planificación familiar que empiezan a dar resultados.

Por si fuera poco, además, una situación a corto y medio plazo debe preocupar al Sur y América Latina en particular, que vendrá a agravar su estado de pobreza. A saber, antes de que estallaran los últimos acontecimientos de la Europa del Este existía una enorme confianza en que la Comunidad Europea ejercería un importante papel en los esfuerzos latinoamericanos para relanzar proyectos económicos claves y de envergadura. Pero ahora es muy probable que los capitales europeos (oficiales y privados) se trasladen en su futuro inmediato hacia los vecinos países del Este; Polonia y la CEI ya han ejercido contactos con la CEE en este sentido. A estos países nos une una historia común, proximidad geográfica y política, afinidades culturales y de lengua (Latinoamérica y Asia quedan más lejos).

Es muy probable que el comercio de Europa con América Latina se mantenga o mejore, pero no las inversiones y las transferencias de recursos, que es lo que más necesitan y que

supondría una baza importante para su despegue económico. En los próximos años, pues, el Sur no va a recibir muchos ingresos. Las privatizaciones de empresas públicas que se están sucediendo en toda la Europa del Este van a atraer a los empresarios del Oeste. El Sur irá distanciándose aún más.

Por ello pienso que Laidi acierta cuando asegura que en las próximas décadas la oposición no va a establecerse entre Norte-Sur (hemisferio rico-hemisferio pobre), sino entre Este-Sur (dos amplias zonas pobres, luchando por atraerse los beneplácitos de las inversiones del Oeste desarrollado). Así se expresa: "el porvenir económico del Sur se basará más en el terreno de las inversiones privadas que en el de la ayuda pública. El Este ya no será para el Sur un medio de negociación política con el Oeste, sino en el mejor de los casos, una fuente de rivalidad y una necesidad inesperada de adaptación económica" (LAIDI, 1990:56).

Por lo demás, muchos científicos y políticos tienen fundadas esperanzas en que continúe desarrollándose a buen ritmo de aciertos la llamada "Revolución Verde del Tercer Mundo" (ÉTIENNE, 1990:57). Con ella se trata de buscar soluciones al problema más imperioso, como es el de alimentar a la población. La Revolución Verde se inauguró en 1950-65 en México, con resultados muy satisfactorios; se propagó a Asia en 1963-64. Se trata de adoptar innovaciones técnicas para aumentar los rendimientos tradicionales de trigo y arroz, sobre todo. En la actualidad la Revolución está prácticamente extendida a todas las zonas deprimidas: Asia, el Magreb, Oriente Medio, América Latina, África. Pero los ritmos de producción no están siendo en todos los lugares iguales, pues se precisa, según las zonas, mejorar el abono orgánico y químico, renovar a tiempo las simientes, aplicar tratamientos antiparásitos, lograr nuevas hectáreas de regadío, etc.; las políticas de desarrollo de los mismos gobiernos son con frecuencia obstáculos para una implantación eficaz.

De todo lo dicho en este apartado se desprende una conclusión: una solución seria y eficaz al gran problema social que supone la pobreza y miseria en el mundo, pienso con J. Chonchol, no se encuentra privatizando los modos de producción, abriendo fronteras económicas y dejándolo todo a la decisión partidista del mercado (controlado por varias multinacionales), pues seguirán profundizándose las brechas de las dependencias nacionales y humanas, sino con una completa cooperación internacional, plenamente decidida a poner fin a las desigualdades humanas, aplicando planes económicos, de urgencia, a medio y a largo plazo. Los políticos tienen la primera palabra y la obligación de caminar en este sentido; de no ser así, seguramente será los pueblos oprimidos quienes se decidan a hablar; misión nuestra será escucharles, alargando nuestras manos, y no reprimiendo con armas sus revueltas.

No obstante, para finalizar, ya que a lo largo del trabajo he entendido la pobreza en un sentido más amplio que el estrictamente económico, apuntaré cómo también al hombre de nuestra Europa desarrollada aquejan otras versiones de pobreza, las que configuran su imagen

y cambiarán las maneras de ser del hombre futuro: la superpoblación, la crisis energética, el sida, el control informático, el individualismo, el desaliento cívico, el antisemitismo, la mutación genética, el cáncer, el stress, la desertización y la masiva inmigración desde el Este y el Sur, que nos recordará, en pequeños espacios urbanos, el creciente dualismo social: entre quienes tienen y los desheredados.

BIBLIOGRAFIA

CARO BAROJA, Julio (1985) *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*. Sarpe, Madrid.

CHECA, Francisco (1988) "La artesanía del esparto en Jódar. Aproximación social, económica y cultural". Jornadas de Estudios de Sierra Mágina, Huelma, Jaén. (En prensa).

(1991) *Labradores, pastores y mineros. Procesos de transformación y representación simbólica en Lanteira (Granada)*. Tesis Doctoral. Universidad de Granada, Granada.

CONCHOL, Jacques (1990) "Guerra al subdesarrollo en América Latina". *El País*. Extra: *El mundo de los 90*, p., 61.

DEL CAMPO, Salustiano (1974) "La pobreza en una sociedad en creciente desarrollo. Su delimitación, cuantificación y características en una realidad española". *II Mesa Redonda del Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos*.

ÉTIENNE, Gilbert (1990) "La Revolución Verde en el Tercer Mundo". *El País*. Extra: *El mundo de los 90*, pp., 57-8.

HICHS, John (1981) *Riqueza y bienestar. Ensayos sobre teoría económica*. FCE, México.

LAIDI, Zaki (1990) "El Este contra el Sur". *El País*. Extra: *El mundo de los 90*, p., 56.

LEWIS, Oscar (1987) *Antropología de la pobreza. Cinco Familias*. FCE, México.

MANRIQUE DE ARAGON, Jorge (1977) *Peligrosidad social y picaresca*. Clásicos y ensayos, Barcelona.

MARÁVALL, José Antonio (1986) *La literatura picaresca desde la historia social*. Siglos XVI y XVII. Taurus, Madrid.

MARICHAL, Carlos (1990) "Integración latinoamericana y la nueva Europa", *El País*, Extra: *El mundo de los 90*, pp., 55-6.

NIETZSCHE, Friedrich (1834) *Aurora. Meditación sobre los prejuicios morales*. Pequeña biblioteca Calamus Scriptorius, Barcelona, 1981.

RAMOS ESPEJO, Antonio (1985) *Andalucía: de Fuente-Obejuna a Marinaleda*. BCA, Barcelona.